

SERMON
PARA EL LUNES
DE LA TERCERA SEMANA
DE QUARESMA.

SOBRE EL CORTO NUMERO
de los Escogidos.

*Multi Leprosi erant in Israel, sub Eliseo
Propheta, & nemo eorum mundatus est,
nisi Naaman Syrus.*

En tiempo del Profeta Eliséo habia muchos
Leprosos en Israel, y ninguno de ellos
sanó sino Naamán, Syro de nacion.
Luc. 4. v. 27.

Todos los dias nos estais preguntando, Católicos,
si es verdad que es tan difícil el camino del cie-
lo, y si el número de los que se salvan es tan
corto como os decimos? A una questão tantas veces pro-

propuesta, y tantas veces explicada, os responde hoy
Jesu Christo, que habia en Israel muchas viudas affi-
gidas de hambre, y que solamente la de Sarepta mere-
ció ser socorrida por el Profeta Elias; que en tiempo del
Profeta Eliséo habia muchos Leprosos en Israel, y que
no obstante solamente curó el hombre de Dios á Naamán.

Católicos, si yo viniera á este puesto á atemoriza-
ros mas que á instruiros, me bastaria el exponeros sim-
plemente lo mas terrible que se lee en las Divinas Es-
crituras acerca de esta verdad, y recorriendo de siglo
en siglo la historia de los justos, haceros ver que en
todos tiempos han sido muy pocos los escogidos. La fa-
milia de Noé fue la única en la tierra que se salvó del
universal diluvio. Solo Abraham fue separado del resto
de los hombres, y constituido depositario de la alian-
za. Entre seiscientos mil Hebreos, Josué y Caleb fue-
ron los únicos que entraron en la tierra prometida. En
la tierra de Hus no habia otro justo mas que Job; en
Sodoma Loth; y en Babylonia los tres Niños Hebreos.

A estos exemplares tan terribles sucederian las ex-
presiones de los Profetas; os haría ver en Isaías, que los
escogidos son tan raros como los racimos que quedan en
la viña despues de vendimiada, y que se han ocultado
á la diligencia del vendimiador: y como aquellas espí-
gas que por casualidad quedan despues de la siega, á las
que ha perdonado la hoz del segador.

Tambien os expondria las nuevas circunstancias que
añade el Evangelio á lo espantoso de estas imagenes; os
hablaria de dos caminos, de los cuales el uno es estre-
cho, aspero, y por el que caminan muy pocos; el
otro ancho, espacioso, sembrado de flores, y que es
como el camino público de todos los hombres; final-
mente, os haría ver que en toda la Escritura Santa se
dice que la multitud es el partido de los réprobos, y
que los escogidos comparados con los demás hombres
no forman mas que un pequeño rebaño, casi imper-
cep-

ceptible; os infundiría unos temores en orden á vuestra salvacion, que siempre son crueles para las almas que conservan aun algunas reliquias de la fé y de la esperanza de su vocacion.

¿Pero qué fruto sacaria yo, ciñendo todo mi discurso solamente á probar que son pocos los que se salvan? ¡Ah! No haría mas que descubrir el peligro, sin enseñar á evitarle; os manifestaria con el Profeta la espada de la divina indignacion levantada sobre vuestras cabezas, sin ayudaros á evitar el golpe que os amenaza; turbaria las conciencias, sin instruir á los pecadores.

Mi intento, pues, es hoy el buscar en nuestras costumbres la razon de ser tan corto este número. Como cada uno se lisonjea de que no será excluido de él, importa mucho exâminar si es bien fundada su esperanza; no pretendo, señalando las causas que hacen que sea tan rara la salvacion, que infirais en general que serán pocos los que se salven, sino obligaros á que os preguntéis á vosotros mismos, si viviendo como vivís podreis esperar salvaros, y á que os digais, ¿quién soy yo? ¿Qué hago para conseguir el cielo? ¿Y cuáles pueden ser mis eternas esperanzas?

Este es el orden que me propongo en una materia de tanta importancia: ¿Cuáles son las causas de que sea tan rara la salvacion? Señalaré tres, que son las principales, y este será todo el asunto de mi discurso. La Retorica ni sus figuras no serían aqui del caso. Escuchadme todos con cuidado; el asunto no puede ser mas digno de vuestra atencion, pues se trata de enseñaros qué esperanzas podeis formar de vuestro eterno destino. Imploremos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

SON pocos los que se salvan, porque en este número no pueden comprehenderse mas que dos generos de personas, ó las que han tenido la felicidad de conservar su inocencia pura y entera, ó las que despues de haberla perdido la han recobrado con los trabajos de la penitencia. Primera causa; no hay mas que dos caminos para la salvacion, y el cielo solamente está abierto, ó para los inocentes, ó para los penitentes. Ahora bien, Católicos, ¿en qué estado os hallais? ¿Sois inocentes ó penitentes? En el reyno de Dios no ha de entrar alma alguna manchada, y asi es preciso ir á él, ó con una inocencia que siempre se ha conservado, ó con una inocencia que se ha recobrado. El morir inocente es un privilegio á que pocas almas pueden aspirar; el vivir penitente es una gracia mucho mas rara por la mitigacion de la disciplina, y por la relajacion de nuestras costumbres.

A la verdad, ¿quién puede aspirar hoy á la salvacion, fundado en el título de la inocencia? ¿Dónde están aquellas almas puras en quienes no haya jamás habitado el pecado, y que hayan conservado hasta el fin el sagrado tesoro de la primera gracia que les confió la Iglesia en el Bautismo, la que les ha de pedir Jesu-Christo en el terrible dia de las venganzas?

En aquellos felices tiempos, quando toda la Iglesia no era mas que una congregacion de santos, eran muy raros los fieles que despues de haber recibido los dones del Espíritu Santo, y confesado á Jesu-Christo en el Sacramento que nos reengendra, recafan en los desordenes de sus primeras costumbres: Ananías y Saphira fueron los únicos prevaricadores de la Iglesia de Jerusalén;

lén; la de Corinto no vió mas que un incestuoso; la penitencia canónica era entonces un remedio raro; y apenas se hallaba entre aquellos verdaderos Israelitas un solo leproso á quien fuese preciso separar del Altar santo, y de la comunión de sus hermanos.

Pero despues, debilitandose la fé, empezando ya á apagarse, y minorandose el número de los justos, segun se iba aumentando el de los fieles; parece que los progresos del Evangelio detuvieron los de la piedad, y haciendose christiano todo el mundo, traxo finalmente consigo á la Iglesia su corrupcion, y sus máximas. ¡Ah! Casi todos nos descaminamos desde el seno de nuestras madres; el primer uso que hacemos de nuestro corazon ya es un delito. Nuestras primeras inclinaciones son á la culpa, y quando nuestra razon empieza á manifestarse y á crecer, es sobre las ruínas de nuestra inocencia. La tierra, dice un Profeta, está inficionada con la corrupcion de los que la habitan; todos han violado las leyes, quebrantando los preceptos, y roto la alianza que debia durar eternamente; todos practican la iniquidad, y apenas se halla uno solo que obre el bien; la injusticia, la calumnia, la mentira, la perfidia, el adulterio, y los mas infames delitos han inundado la tierra: *Mendacium, & furtum, & adulterium inundaverunt.* (a) El hermano pone asechanzas á su hermano, el padre se separa de sus hijos, el esposo de su esposa, y no hay lazo que no rompa un vil interés; la buena fé es una virtud destinada solamente á los simples, los odios son eternos, las reconciliaciones fingidas, y nunca se mira al enemigo como á proximo; los hombres se aniquilan y destruyen unos á otros; las concurrencias no son mas que lugares de pública murmuracion; la mas constante virtud no está libre de la contradiccion de las lenguas; el jue-

(a) *Ossa 4. v. 2.*

juego se ha convertido en negociacion, en fraude, ó en furor; los convites, aquellos inocentes lazos de la sociedad, en excesos de que no se puede hablar; las diversiones públicas en escuelas de lascivia; en nuestro siglo se vén unos horrores de los que ni aun noticia tuvieron nuestros padres; la Ciudad es una Ninive pecadora; la Corte el centro de todas las pasiones humanas; y aunque la virtud autorizada con el exemplo del Soberano, honrada con su gracia, y animada con sus beneficios, hace que la culpa sea mas circunspecta, no por eso la hace mas rara; todos los estados, todas las condiciones han corrompido su camino: los pobres murmuran contra la mano que los mortifica; los ricos se olvidan del autor de su prosperidad; los grandes parece que solamente nacieron para sí mismos, y que la libertad es el unico privilegio de su elevacion; aun la misma sal de la tierra se ha puesto insípida, las lámparas de Jacob se han apagado, las piedras del Santuario están indignamente esparcidas en el cieno de las plazas públicas, y el Sacerdote se ha hecho semejante al pueblo. ¡Oh Dios! ¡Es esta vuestra Iglesia, y la Congregacion de los Santos! ¡Es esta aquella heredad tan querida, aquella viña tan amada, objeto de vuestros cuidados y de vuestro amor! ¿Qué mayores delitos podia presentar Jerusalén á vuestra vista quando la heristeis con una maldiccion eterna?

Ved ahí ya un camino para la salvacion, que está cerrado casi á todos los hombres; todos se han descaminado; ¡oh vosotros los que me escuchais! seais quien fuereis; el pecado ha reynado en vosotros algun tiempo: La edad podrá haber calmado vuestras pasiones; pero ¿cómo ha sido vuestra juventud? Acaso las enfermedades habituales os habrán disgustado del mundo; pero ¿cómo usabais de la salud antes de ellas? Puede ser que un impulso de la gracia haya mudado vuestro corazon; pero no pedís continuamente al Señor que borre de su memoria el tiempo que precedió á esta mudanza?

¿Pero en qué me detengo? Todos somos pecadores, ¡oh Dios mio! y Vos nos conocéis; aun lo que vemos de nuestros desórdenes, acaso no es á vuestra vista sino la parte mas sufrible; y cada uno de nosotros confiesa que por el camino de la inocencia no puede aspirar á la salvacion. Pues no nos queda mas remedio que la penitencia. Despues del naufragio, dicen los Santos, que esta es la feliz tabla, sobre la que unicamente podemos llegar al puerto; no hay para nosotros otro camino de salvacion; seais quien fuereis los que habeis sido pecadores, Principes, Vasallos, Grandes, ó Plebeyos, solamente la penitencia puede salvaros.

Permitidme ahora que os pregunte, ¿dónde están los penitentes entre nosotros? ¿Dónde están estos? ¿Se hallan muchos en la Iglesia? Mas hallareis, decia antiguamente un Santo Padre, que nunca hayan caído, que de los que despues de haber caído se hayan levantado por medio de una verdadera penitencia: ¡Sentencia terrible! Pero quiero conceder que esta sea una de aquellas expresiones que pasan por exágeracion, aunque siempre son muy respetables las palabras de los Santos; no lleguemos á este extremo, pues la verdad es en sí bastante terrible, sin que haya necesidad de añadir nuevo terror con vanas declamaciones. Basta exáminar si por el camino de la penitencia nos hallamos la mayor parte de nosotros con derecho para aspirar á la salvacion.

¿Qué cosa es un penitente? Un penitente, decia en otro tiempo Tertuliano, es un fiel que en todos los instantes de su vida tiene presente la desgracia que tuvo en perder, y olvidarse en otro tiempo de su Dios; que tiene continuamente á la vista su pecado; que en todas partes halla imagenes tristes que se le representan; un penitente es un hombre encargado de los intereses de la justicia de Dios contra sí mismo; que se priva de los mas inocentes placeres, porque se permitió en otro tiempo los pecaminosos; que goza de los necesarios con pe-

na; que mira á su cuerpo como á su enemigo á quien tiene necesidad de debilitar; como á un rebelde á quien necesita castigar; como á un culpado á quien en adelante debe negar casi todas las gracias; como á un vaso manchado que debe purificar; como á un deudor infiel á quien debe pedir hasta el último maravedí; un penitente es un culpado que se mira como un hombre condenado á muerte, porque no merece vivir, y por consiguiente debe observar cierta austeridad y tristeza en sus costumbres, en su adorno, y aun en sus placeres, como quien solamente vive para padecer; un penitente no vé en la pérdida de sus bienes y de su salud mas que la privacion de unos favores de que ha abusado; en los contratiempos que le suceden la pena de su culpa; en los dolores que le atormentan el principio de los castigos que ha merecido, y en las calamidades públicas que afligen á sus próximos contempla que acaso son castigo de sus delitos particulares. Esto es un penitente. Pero vuelvo á preguntaros, ¿dónde están entre nosotros estos penitentes? ¿Dónde se hallan?

¡Ah! Los siglos de nuestros padres aun veían algunos á las puertas de nuestros templos; aquellos eran sin duda unos pecadores menos culpados que nosotros, de todas clases, de todas edades, de todos estados, postrados delante del vestíbulo del templo, cubiertos de ceniza y de cilicio, suplicando á sus hermanos, que entraban en la casa del Señor, les alcanzasen de su clemencia el perdón de sus culpas, excluidos de la participacion del Altar, y aun de la asistencia á los sagrados Misterios, pasando los años enteros en el ejercicio de los ayunos, de las mortificaciones, de la oracion, y en unas pruebas tan penosas, que no quisieran sufrir hoy ni aun un solo día los mas escandalosos pecadores; privados se veían no solamente de las diversiones públicas, sino tambien de la sociedad y de la comunicacion de sus hermanos, de la comun alegría de las solemnidades, vi-

viendo como Anathemas, separados de la santa Congregacion, y aun despojados por algun tiempo de todas las señales de sus grandezas, segun el mundo, y sin tener mas consuelo que el de sus lágrimas y penitencia.

Estos eran en otro tiempo los penitentes en la Iglesia; si habia en ella algunos pecadores, el espectáculo de su penitencia edificaba mas á los fieles, que lo que les habian escandalizado sus caídas; sus culpas podian en algun modo llamarse felices, pues solian ser mas utiles que la misma inocencia. Bien sé que la Iglesia se ha visto precisada á relajar con una prudente dispensacion las penitencias públicas, y aunque refiero aqui su historia, no es para calumniar la prudencia de los Pastores que han abolido esta costumbre, sino para llorar la general corrupcion de los fieles, que los ha precisado á ello. La mudanza de las costumbres y de los siglos trae necesariamente consigo la variedad en la disciplina; el gobierno exterior, fundado en leyes humanas, ha podido mudarse; pero la ley de la penitencia, fundada sobre el Evangelio, y sobre la palabra de Dios, siempre es la misma. Es verdad que ya no subsisten los públicos grados de penitencia, pero los rigores y el espíritu de la penitencia aun son los mismos, y no se puede prescribir contra ellos. Es verdad que se puede satisfacer á la Iglesia sin padecer las penas públicas que ella imponia antiguamente; pero no se puede satisfacer á Dios sin ofrecerle penas particulares que las igualen, y que sirvan de justa compensacion.

Volved los ojos á todas partes; no quiero decir que juzgueis á vuestros próximos, pero exâminad quales son las costumbres de todos los hombres que conoceis; tampoco hablo aqui de aquellos pecadores declarados, que han sacudido el yugo, y que no guardan medida alguna en la culpa; hablo solamente de aquellos que se parecen á vosotros, que tienen
unas

unas costumbres regulares, y en cuya vida nada se halla que sea enorme y escandaloso; son pecadores, ellos mismos lo confesarán; vosotros no sois inocentes, y me persuado á que tambien lo confesareis. Ahora bien, ¿aquellos son penitentes? ¿Lo sois acaso vosotros? Podrá suceder que la edad, los cargos, los cuidados mas serios os hayan retirado de los excesos de la juventud; acaso debeis tambien este favor á las amarguras que la bondad de Dios ha querido derramar sobre vuestras pasiones; las perfidias, las disensiones, el atraso de la fortuna, la ruina de la salud, la decadencia de los negocios, todo esto ha resfriado y contenido las desordenadas inclinaciones de vuestro corazon; el pecado os ha disgustado de el mismo pecado; las pasiones se han ido apagando poco á poco por sí mismas; el tiempo y la inconstancia del corazon ha roto vuestras cadenas; con todo eso, aunque habeis perdido la aficion á las criaturas, no por eso amais mas á vuestro Dios; os habeis hecho mas prudentes, mas regulares segun el mundo, mas honrados, mas exâctos en el cumplimiento de las obligaciones públicas y particulares, pero no sois penitentes; habeis cesado en vuestros desordenes, pero no los habeis expiado; no os habeis convertido, no habeis sentido aun aquel gran golpe que muda el corazon, y renueva todo el hombre.

Con todo eso nada os asusta en este estado tan peligroso; aquellos pecados que nunca han sido purificados con una sincera penitencia, y por consiguiente ni perdonados en la presencia de Dios, son para vosotros como si no fuesen, y morireis tranquilos en una impenitencia, tanto mas peligrosa, quanto menos la conoceis. Esta, Católicos, no es una simple expresion, ni un exceso de zelo, no hay cosa mas real, ni mas verdadera. Este es el estado de casi todos los hombres, y aun de los mas prudentes y
apro-

aprobados en el mundo. Las primeras costumbres siempre son licenciosas; la edad, los disgustos, el establecimiento fijan el corazón, le apartan del desorden, y aun le reconcilian con los santos Misterios, ¿pero dónde están los que se convierten? ¿Dónde los que expian sus culpas con lágrimas y mortificaciones? ¿Dónde los que después de haber empezado como pecadores, acaban como penitentes? ¿Dónde están estos, vuelvo á preguntaros?

Hacedme ver en vuestras costumbres ni aun la mas leve señal de penitencia: ¿Se halla ésta en la observancia de las leyes de la Iglesia? No, porque estas no se estienden á las personas de cierta clase, y la costumbre ha introducido que solo sirvan para la gente plebeya. ¿Se halla en los cuidados de la fortuna, en las inquietudes del favor y de la prosperidad; en las fatigas del servicio; en los disgustos y molestias de la Corte; en la sujecion de los empleos y precisos cumplimientos? Tampoco, porque eso sería querer poner vuestros delitos en el número de vuestras virtudes; que Dios os recompensase unos trabajos que no padecéis por su Magestad; y que vuestra ambicion, vuestra soberbia, y vuestra codicia os dispensasen de la obligacion que estos vicios os imponen. Sereis penitentes del mundo, pero no de Jesu Christo. ¿Se halla, finalmente, en las enfermedades con que Dios os aflige, en los enemigos que os suscita, en las desgracias y pérdidas que os proporciona? ¿Pero recibís todos estos trabajos ni aun con conformidad? ¿No tomáis de ellos ocasion para nuevas culpas, en vez de hacerlos servir á vuestra penitencia? ¿Y aun quando fuerais fieles en todos estos puntos, seriais por eso penitentes? Una alma inocente tiene obligacion de recibir con humildad los golpes con que Dios la hiere; de cumplir con constancia con las penosas obligaciones de su estado: de ser fiel á las leyes de
la

la Iglesia: ¿Pero vosotros que sois pecadores, no debéis hacer algo mas que esto? Y no obstante aspirais á la salvacion: ¿Pero con qué título? Si decís que sois inocente en la presencia de Dios, vuestra conciencia dá testimonio contra vosotros mismos; Si quereis persuadirnos á que sois penitentes, me parece que no os atreveréis á ello, y que quedareis condenados por vuestra propia boca. ¿Pues en qué puedes fiarte, ¡oh hombre! para vivir con esa tranquilidad? *¿Ubi est ergo gloriatio tua?* (a)

Y lo mas terrible en este asunto es, que vosotros no haceis mas que seguir la corriente. Vuestras costumbres son las mismas que las de casi todos los hombres: Puede ser que conozcais otros mas pecadores que vosotros, porque supongo que aun conservais algunas reliquias de religion, y alguna cuidado de vuestra eterna salud, ¿pero conocéis acaso penitentes verdaderos? Estos es preciso buscarlos en los Claustros, y en los desiertos. Apenas contais entre las personas de vuestra clase y de vuestro estado un corto número de almas, cuyas costumbres mas austeras que las del comun, se grangean la atencion, y aun acaso tambien la censura del público; todos los demás van por un mismo camino; yo veo que cada uno se asegura en este particular con el exemplo de sus iguales; que los hijos suceden en este punto á la falsa seguridad de sus padres; que ninguno vive inocente; y que ninguno muere penitente: Lo veo, y exclamo, ¡oh Dios! Si no nos habeis engañado; si quanto nos habeis dicho en orden al camino que guia á la vida eterna se debe cumplir hasta el último punto; si el número de los prescitos no puede minorar en nada la severidad de vuestras leyes, ¿á dónde vá á parar la infinita multitud de criaturas que desaparecen todos los dias á nuestra vista?

(a) Rom. 3. v. 17.

ta? ¿Dónde están nuestros amigos, nuestros parientes, nuestros superiores, nuestros vasallos que nos han precedido? ¿Qué suerte es la suya en la eterna region de los muertos? ¿Y qué será de nosotros algun dia?

Quando en otro tiempo se quejaba un Profeta al Señor de que habia abandonado su alianza con Israel, respondió que aun se habia reservado siete mil hombres, que no habian doblado la rodilla delante de Baal: Este era todo el número de almas puras y fieles que se hallaba entonces en todo un Reyno. Pero ¡oh Dios mio! ¿Podreis consolar hoy los gemidos de vuestros siervos con la misma seguridad? Bien sé que vuestra vista distingue aun entre nosotros á los justos; que aun tiene el Sacerdocio sus Phinés; la Magistratura sus Samueles; la Milicia sus Josueés; la Corte sus Danieles, sus Esthéres, y Davides; porque el mundo solamente subsiste por vuestros escogidos, y todo se aniquilára si faltase su número: ¿Pero qué son estas felices reliquias de los hijos de Israel que se han de salvar, comparadas con los granos de arena del mar, quiero decir, con la multitud infinita que se ha de condenar?

Preguntadme ahora, Católicos, si es verdad que serán pocos los que se salvan: Vos, Dios mio, lo habeis dicho, y así esta es una verdad eterna; pero aun quando Dios no lo hubiera dicho, bastaba, en segundo lugar, registrar por un instante lo que pasa entre los hombres; las leyes con que se gobiernan, las máximas que sirven de regla á la multitud; y esta es la segunda causa de ser tan corto el número de los escogidos, ó por mejor decir, es explicacion de la primera; la fuerza de los usos y costumbres.

SEGUNDA PARTE.

SON pocos los que se salvan, porque las máximas mas universalmente recibidas en todos los estados, y por las que gobiernan sus costumbres la mayor parte de los hombres son incompatibles con la salvacion. Las reglas recibidas, autorizadas y aprobadas en el mundo en orden al uso de las riquezas, del amor de la fama, de la modestia christiana, de las obligaciones, de los empleos, de los estados y de las circunstancias de las obras que se deben practicar, se oponen á las del Evangelio, y así guian indefectiblemente á la muerte.

No referiré estas máximas con aquella prolijidad que sería impropia de un discurso, y nada decente á la Cátedra del Espíritu Santo. Paso en silencio que la costumbre ha establecido en el mundo, que cada uno puede arreglar su gasto segun sus bienes y su clase; y que como sea del patrimonio de sus padres puede muy bien expender, sin poner límites á su luxo, ni consultar en sus profusiones mas que á su vanidad y su capricho. Pero la moderacion christiana tiene sus reglas; vosotros no sois dueños absolutos de vuestras riquezas, particularmente quando mil pobres infelices están padeciendo; quanto gastais fuera de lo necesario para vosotros, y para la decencia de vuestro estado, es una inhumanidad, y un hurto que haceis á los pobres. Direis acaso que estas son sutilezas de la devocion, y que en materia de gastos y profusiones nada hay que sea reprehensible y excesivo segun el mundo, sino lo que puede llegar á parar en arruinar la fortuna, y alterar los negocios.

Paso en silencio que ya es costumbre recibida en el mundo, que el orden del nacimiento, ó los inte-

reses de la fortuna decidan siempre de nuestros destinos, y arreglen la eleccion del siglo ó de la Iglesia, del retiro ó del matrimonio; pero ¡oh Dios mio! ¿puede la vocacion del cielo depender de las leyes humanas de un nacimiento carnal? Decís que es imposible colocarlos á todos en el mundo, y que sería triste cosa ver á los hijos seguir unos partidos poco dignos de su clase y de su nacimiento. Tambien quiero pasar en silencio que ha introducido la costumbre el que las juvenes que se crian para el mundo hayan de ser instruidas muy temprano en todas las artes propias para lucir y agradar, y se hayan de exercitar con mucho cuidado en una funesta ciencia, en que nuestros corazones nacen demasidamente instruidos, siendo así que la educacion christiana es una educacion de retiro, de pudor, de modestia y de aborrecimiento del mundo. Por mas que se les predique, responden que es preciso vivir segun la costumbre, y unas madres por otra parte christianas y timoratas, ni aun escrúpulo forman en este asunto.

Y así, si aun sois joven, decís que este es el tiempo de los placeres; que no sería justo prohibiros en él lo que otros se han permitido; y que la edad más madura traerá consigo costumbres más serias.

Si sois de distinguido nacimiento, decís que es preciso adelantarse á fuerza de engaños, de ruindades y de gastos, y hacer de vuestra fortuna vuestro ídolo; y la ambicion tan condenada por las reglas de la fé, no es más que un deseo digno de vuestro nombre y de vuestro nacimiento.

Si sois de un sexo, y de una clase que os precisa á vivir en los cumplimientos del mundo, decís que no es razon singularizarse; que teneis precision de concurrir á los regocijos públicos, á los lugares á donde asisten las personas de vuestra clase y edad; asistir á las mismas diversiones, pasar los dias en la misma ociosidad,

y

y exponeros á los mismos peligros; que estas son unas costumbres ya establecidas, y que no está en vuestra mano el reformarlas. Esta es la doctrina del mundo.

Permitidme ahora que os pregunte. ¿Quién os asegura en estos caminos? ¿Cuál es la regla que os los justifica? ¿Quién os autoriza ese fausto, que ni conviene al título que recibisteis en el Bautismo, ni acaso tampoco á los que habeis heredado de vuestros mayores? ¿Quién esos placeres públicos, los que solamente teneis por inocentes, porque vuestra alma demasiado familiarizada, no siente sus peligrosas impresiones? ¿Quién ese continuo juego, que ha llegado á ser la más importante ocupacion de vuestra vida? ¿Quién os dispensa de todas las leyes de la Iglesia? ¿Quién os permite esa vida ociosa, sensual, sin virtud, sin trabajos y sin exercicio alguno penoso de la religion? ¿Quién os mueve á solicitar el formidable peso de los honores del Santuario, los que basta desear para hacerse indigno de ellos en la presencia de Dios? ¿Quién os autoriza para que vivais como extraño en vuestra propia casa; para que ni aun os digneis de informaros de las costumbres de vuestra familia; para que tengais por grandeza el ignorar si creen en el Dios que vosotros adorais, y si cumplen con las obligaciones de la religion que vosotros profesais? ¿Quién justifica unas máximas tan poco christianas? ¿Es, acaso, el Evangelio de Jesu Christo? ¿Es la doctrina de los Santos? ¿Son las leyes de la Iglesia? Porque para vivir seguros necesitais tener alguna regla; ¿pues cuál es la vuestra? Direis que la costumbre; y esto es todo lo que podeis respondernos: Todos quantos veis al rededor de vosotros siguen las mismas reglas: Quando venisteis al mundo hallasteis ya establecidas estas costumbres; nuestros padres, direis, vivieron de este modo, y de ellos las hemos aprendido; los más prudentes del siglo se conforman con ellas, no he de ser yo solo más sabio que

Ff 2

to-

todos los hombres juntos; es preciso conformarse con lo que vemos practicar todos los días, y no querer ser singular.

Con esto vivís seguros contra todos los temores de la religión; nadie examina la ley: el público exemplo es el único fiador de nuestras costumbres; no nos importa el que sean vanas las leyes de los pueblos, como dice el Espíritu Santo: *Quia leges populorum vanæ sunt.* (a) Que Jesu Christo nos haya dexado unas reglas, en las que ni el tiempo, ni los siglos, ni las costumbres nada pueden mudar: que el cielo y la tierra pasarán; los usos y costumbres se mudarán; pero estas divinas reglas siempre serán las mismas.

Nos contentamos con mirar á los demás; no pensamos en que lo que hoy se llama costumbre, eran monstruosas singularidades antes que degenerasen las costumbres de los Christianos; y que aunque han prevalecido la corrupcion y los desordenes, por no tenerse ya por singulares, no por eso han perdido su malicia; no reparamos en que hemos de ser juzgados segun el Evangelio, y no segun la costumbre: segun el exemplo de los Santos, y no segun las opiniones de los hombres: Que las costumbres que no han tenido mas fundamento para establecerse entre los fieles, que el debilitarse la fé, son abusos que se deben llorar, y no modelos que se hayan de seguir: Que aunque se hayan mudado las costumbres, no por eso se han mudado las obligaciones: Que el comun exemplo que las autoriza, solamente prueba que la virtud es rara, pero no que sea permitido el desorden; y en una palabra, que la piedad, y la vida christiana, son demasiado amargas á la naturaleza, para ser abrazadas de la mayor parte de los hombres.

De-

(a) Jerem. 10. v. 3.

Decidnos ahora que solo haceis lo que veis practicar á los demás; pues justamente este será el motivo de vuestra perdición: ¿Y es posible que la preocupacion mas terrible que os condena, ha de ser motivo de vuestra confianza? ¿Cuál es, segun la Escritura, el camino que guia á la muerte? ¿No es aquel por donde camina la mayor parte? ¿Cuál es el partido de los réprobos? ¿No es el de la multitud? ¿Haceis lo que veis practicar á otros? pues de ese modo perecieron en tiempo de Noé todos los que se anegaron en las aguas del Diluvio; en tiempo de Nabucodonosor todos los que doblaron la rodilla á la sacrilega estatua; en tiempo de Elías todos los que adoraron á Baál; en tiempo de Eleazaro todos los que abandonaron la ley de sus padres; ¿haceis lo que veis practicar á otros? Pues eso es lo que os prohíbe la Escritura, *no os conforméis con el siglo corrompido*, (a) nos dice; este siglo corrompido no puede ser el corto número de justos á quienes no imitais, sino la multitud á quien seguís: ¿haceis lo que veis practicar á otros? pues tendreis la misma suerte que ellos. Desgraciado de tí, exclamaba en otro tiempo San Agustín, ¡fatal torrente de las humanas costumbres! ¿Nunca has de suspender tu curso? ¿Siempre has de llevar arrastrando á los hijos de Adán al abismo inmenso y terrible? *Væ tibi flumen moris humani! quousque volves Evæ filios in mare magnum, & formidolosum.* (b)

En vez de decirse cada uno á sí mismo, ¿qué esperanzas son las mías? En la Iglesia hay dos caminos, uno ancho, por donde caminan casi todos, y va á parar

(a) Rom. 12.

(b) S. August. in Confes. lib. 1. num. 6.

rar á la muerte; otro estrecho, por donde caminan pocos, y guía á la vida, ¿quál de los dos es el que yo sigo? Mis costumbres son semejantes á las de los de mi clase, de mi edad, y de mi estado; yo sigo la multitud, luego no voy por buen camino; yo me pierdo, pues en cada estado el mayor número no es el de los que se salvan: En vez de discurrir así, habla consigo mismo: diciendose; yo no soy de peor condicion que los demás; de este modo viven los de mi edad y de mi clase, ¿por qué no he de vivir yo como ellos? ¿Por qué, amados oyentes míos? por lo mismo. La vida de la mayor parte de los hombres no puede ser una vida christiana; los Santos en todós los siglos han sido hombres singulares; sus costumbres han sido diferentes de las de los demás, y han sido santos porque no se han parecido á los otros hombres.

En el siglo de Esdras habia prevalecido la costumbre de aliarse, no obstante la prohibicion de la ley, con mugeres extranjeras; el abuso era universal, los Sacerdotes y el pueblo no hacian escrupulo de ello. ¿Pero qué hizo aquel Santo restaurador de la ley? ¿Siguió acaso el exemplo de sus hermanos? ¿Juzgó que la transgresion, por ser comun, era mas legítima? Lo contrario, apeló del abuso á la regla; tomó el libro de la ley en sus manos; se le explicó al pueblo consternado, y enmendó la costumbre con la verdad.

Registrad de siglo en siglo la historia de los justos, y ved si se conformaba Loth con las costumbres de Sodomá, y si era bien distinto de sus Conciudadanos; si Abrahám vivia como los de su siglo; si Job era semejante á los demás Principes de su nacion: Si Esthér en la Corte de Asuero se gobernaba como las demás mugeres de aquel Principe: si habia muchas viudas en Bethulia y en Israel, que se pareciesen á Judith: si entre los hijos de la cautividad hubo otro de

de quien se dixese, como de Tobias, que no seguia el mal exemplo de sus hermanos, y que huía hasta los peligros de su trato y compañía; mirad como en aquellos felices siglos, quando todavia eran santos los Christianos, resplandecian como astros en medio de las naciones corrompidas; como servian de espectáculo á los Angeles y á los hombres con lo singular de sus costumbres; como los reprehendian los Paganos su retiro, y su ninguna asistencia á los teatros, á los circos, y á las demás diversiones públicas; como se quexaban de que los Christianos afectaban distinguirse en todo de sus conciudadanos, formar como un pueblo aparte en medio de su pueblo, tener leyes y costumbres particulares; y como luego que algun hombre se convertia al Christianismo, le contaban ya por un hombre inutil para los placeres, para las concurrencias, y para sus costumbres; finalmente, registrad todos los siglos, y ved si aquellos Santos, cuyas acciones y vida se han derivado hasta nosotros, se parecieron á los demás hombres.

Acaso me direis que estas mas son singularidades y excepciones, que reglas que todos debemos seguir; son excepciones, es verdad, pero es porque la regla general es el perderse; porque una alma fiel en el mundo siempre se ha tenido por una singularidad, que se acerca á prodigio: Direis que no está obligado todo el mundo á seguir estos exemplos; ¿pero por ventura no es la santidad la vocacion general de todos los fieles? ¿No es necesario ser santos para salvarse? ¿Acaso el cielo se debe dar á unos á mucha costa, y á otros de valde? ¿Teneis vosotros otro Evangelio por donde gobernaros, otras obligaciones que cumplir, ni otras promesas que esperar distintas de las de los Santos? Pues si habia otro camino mas facil para conseguir la salvacion, ó piadosos fieles que gozais en el cielo de un reyno que habeis conseguido con la violencia, y que

que ha sido el premio de vuestra sangre, y de vuestros trabajos, ¿por qué nos habeis dexado unos exemplos tan peligrosos é inútiles? ¿Por qué nos habeis enseñado un camino aspero, desagradable, y muy á proposito para acobardar nuestra flaqueza, si habia otro mas facil y mas llano, el qual pudierais haber-nos manifestado para alentarnos y atraernos, facilitandonos nuestra carrera? ¡Gran Dios! ¿Qué poco consultan los hombres á la razon en el negocio de su eterna salud!

Fiaros ahora en la multitud, como si ésta fuera capaz de hacer que quedasen los delitos sin castigo, y como si Dios no se hubiera de atrever á perder á todos los hombres que viven como vosotros: ¿Pero qué son todos los hombres juntos en la presencia de Dios? ¿Le sirvió acaso de estorvo la multitud de culpables, para que exterminase toda la carne en el Diluvio, para que hiciese baxar fuego del cielo sobre las cinco ciudades infames, para que sepultase á Faraón, y á todo su ejército en las aguas, y para que quitase la vida á los murmuradores en el desierto? ¡Ah! los Reyes de la tierra pueden tener respeto á la multitud de culpados, porque esta imposibilitaria el castigo, ó á lo menos le haría peligroso, por ser general la culpa; pero Dios que, como dice Job, destruye los impíos en la tierra como quien sacude el polvo que se pega á los vestidos: Dios, en cuya presencia los pueblos y naciones son como si no fuesen, no teme el número de los culpados, y solo mira á los delitos; y lo mas que la flaca criatura puede esperar de los cómplices de su transgresion, es el tenerlos por compañeros de sus desgracias.

Pero si son pocos los que se salvan, porque las máximas mas universalmente recibidas son máximas de pecado, tambien son pocos los que se salvan, porque las máximas y las obligaciones mas universalmente ig-

noradas ó despreciadas son las mas indispensables para la salvacion. Última reflexion que prueba y aclara las precedentes.

TERCERA PARTE.

¿**Q**uáles son las obligaciones de la santa vocacion á que hemos sido llamados? Las solemnes promesas del Bautismo. ¿Qué prometimos en el Bautismo? Renunciar al mundo, á la carne, á Satanás, y á sus obras. Estas son nuestras promesas; este el estado del Christiano; estas las condiciones esenciales del santo tratado concluido entre Dios y nosotros, en virtud del qual se nos ha prometido la vida eterna. Estas son unas verdades que parecen demasiado comunes, y propias solamente para el pueblo sencillo; pero esto es engañarse. No hay verdades mas sublimes, ni tampoco mas ignoradas: continuamente deben anunciarse en las Cortes de los Reyes, y á los Grandes de la tierra: *Regibus, & Principibus terræ.* ¡Ah! que aunque estos son hijos de luz para los negocios del siglo, al mismo tiempo suelen hallarse mas ignorantes en los primeros principios de la moral Christiana que las almas mas sencillas y vulgares; suelen tener necesidad de ser alimentados con leche, y quieren que les subministremos un alimento sólido, y que hablemos el idioma de la sabiduría, como si hablásemos en presencia de los mas perfectos.

Priméramente, habeis renunciado al mundo en el Bautismo; esta es una promesa que hicisteis á Dios á vista de los santos Altares: la Iglesia fue su fiadora y depositaria, y solamente fuisteis admitidos en el número de los fieles, y señalados con el indeleble sello de la salvacion, en virtud de la fé que jurasteis al Señor de no amar al mundo, ni á nada de quanto el mun-

do ama. Si entonces hubierais respondido en la sagrada pila lo que estais diciendo todos los dias; esto es, que el mundo no os parece tan infame ni pernicioso como os decimos; que se le puede tener un amor inocente; que el declamar tanto contra él desde los pulpitos, es porque no le conocemos, y que pues habeis de vivir en el mundo, quereis vivir como el mundo: Si hubierais respondido de este modo, la Iglesia no os hubiera recibido en su seno, no os hubiera asociado á la esperanza de los Christianos, á la comunión de los que han vencido al mundo, y os hubiera aconsejado que fuerais á vivir entre los infieles que no conocen á Jesu Christo, porque alli donde se adora al Principe del mundo, es donde se permite amar lo que le pertenece. Por eso en los primeros tiempos, aquellos Cathecumenos, que aun no podian resolverse á renunciar al mundo y á sus placeres, dilataban su bautismo hasta la muerte; no se atrevian á firmar al pie de los Altares, en el Sacramento que nos reengendra, unas obligaciones, cuya estension y santidad conocian, y con las que no se hallaban en estado de poder cumplir: Estais pues obligados con el mas solemne juramento á aborrecer al mundo, esto es, á no conformaros con él; si le amais, si seguís sus placeres y sus costumbres, no solamente sois enemigos de Dios, como dice San Juan, sino tambien faltais á la palabra que disteis en el Bautismo; abjurais el Evangelio de Jesu Christo, sois un apostata de la religion, y pisais los mas santos é irrevocables votos que puede hacer el hombre.

¿Y cuál es el mundo que debeis aborrecer? No puedo responderos otra cosa, sino que es el mismo que amais. Por estas señas no os podreis engañar: este mundo es una sociedad de pecadores, cuyos deseos, cuyos temores, cuyas esperanzas, cuyos cuidados, cuyos proyectos, cuyas alegrías, y cuyos pesares se reducen uni-

ca-

camente á los bienes, ó males de esta vida. Este mundo es un conjunto de gentes que miran la tierra como su patria, el siglo futuro como un destierro, las promesas de la fé como un sueño, y la muerte como el mayor de todos los males; este mundo es un reyno temporal, en donde no se conoce á Jesu Christo, en donde los que no le conocen no le glorifican como á su Señor, le aborrecen con sus máximas, le desprecian en sus siervos, le persiguen con sus obras, le afrentan, ó ultrajan en sus Sacramentos, y en su culto; finalmente, este mundo, para decirlo con toda claridad, es la multitud. Pues este mismo es el mundo de que debeis huir, al que debeis aborrecer, reprobado con vuestros exemplos, desear que él tambien os aborrezca, y que contradiga vuestras costumbres con las suyas; este es el mundo que debe ser para vosotros un crucificado, esto es, un anathema, y un objeto de horror, y al que vosotros mismos debeis tambien parecer tales.

Ahora bien, ¿os hallais en este estado respecto del mundo? ¿Os sirven de molestia sus placeres? ¿Se affige vuestra fé con sus escandalos? ¿Llorais por lo dilatado de vuestra peregrinacion? ¿teneis algo de comun con el mundo? ¿No sois vosotros mismos unos de sus principales actores? ¿Sus leyes no son vuestras leyes? ¿sus máximas no son vuestras máximas? ¿No condenais lo mismo que él condena? ¿No aprobais lo que él aprueba? Y aun quando quedarais solos en la tierra, no se podría decir que este mundo corrompido subsistia en cada uno de vosotros como en un perfecto modelo de quien podrian aprender vuestros descendientes? Y quando digo, vosotros, hablo con casi todos los hombres. ¿Dónde están los que renuncian de veras los deleytes, las máximas, las costumbres, y las esperanzas del mundo. Todos lo han prometido, ¿pero quién lo observa? Es verdad que muchas personas se quejan del mundo, le llaman injusto, ingrato, é inconstante, declaman

Gg 2

con-

contra él, y hablan mal de sus abusos y errores; pero aunque le desacreditan le aman, le siguen, y no pueden vivir sin él; aunque se quejan de sus injusticias, es porque se sienten agraviados, pero no desengañados; conocen sus malos tratamientos, pero no sus peligros; le censuran, pero ¿dónde están los que le aborrecen? Pues inferid de aquí si son muchos los que pueden aspirar á la salvación.

En segundo lugar: renunciasteis á la carne en vuestro Bautismo, esto es, os obligasteis á no vivir segun los sentidos, á mirar la ociosidad y la pereza como pecado, á no alhagar los corrompidos deseos de vuestra carne, á castigarla, domarla, y crucificarla; esto no es un punto de perfección, es una promesa, es la mas esencial de vuestras obligaciones, y el carácter más inseparable de la fé; ahora bien, ¿dónde están los Christianos que en este punto sean mas fieles que vosotros?

Finalmente: renunciasteis á Satanás y á sus obras; ¿y cuáles son sus obras? Las que componen casi toda la serie de vuestra vida; las pompas, los juegos, los placeres, los espectáculos, la mentira, cuyo padre es, la soberbia, de la que es modelo, las envidias y discordias, de las que es artifice. Ahora os pregunto, ¿dónde están los que no han retratado la anathema que habian pronunciado contra Satanás en este punto?

Y de este modo, quiero decirlo aunque de paso, quedan resueltas infinitas cuestiones. Continuamente nos estais preguntando, ¿si son inocentes para los Christianos los espectáculos y demás públicas diversiones? Yo tambien quiero haceros una pregunta: ¿estas obras son obras de Satanás, ó de Jesu Christo? porque en la religion no hay medio. No quiero decir que no haya algunas diversiones que puedan llamarse indiferentes; pero los placeres mas indiferentes que permite la religion, y que aun hace necesarios la flaqueza de nuestra naturaleza, en algun modo pertenecen á Jesu-Christo, porque deben servirnos para dedicarnos con mas facilidad á las obli-

obligaciones mas santas y mas serias. Todo quanto hacemos, ya lloremos, ya riámos, debe ser de tal naturaleza, que á lo menos lo podamos ordenar á Jesu-Christo, y hacerlo por su gloria.

Fundados, pues, en este principio indefectible, y el mas universalmente recibido en la moral Christiana, no tendreis dificultad en decidir la cuestión. ¿Podeis ordenar á gloria de Jesu-Christo los placeres de los teatros? ¿Puede tener Jesu-Christo alguna conexión con esta especie de diversiones? ¿Podreis vosotros decirle antes de empezar á gozarlas, que en esa acción no os proponéis mas que su gloria, y el deseo de agradarle? ¿Os parece que los espectáculos, en el pie que hoy están, mas infames aun por el público desorden de las infelices criaturas que se presentan en el teatro, que por las impuras y provocativas scenas que en él se representan, os parece que tales espectáculos serán obras de Jesu Christo? ¿Podrá amar Jesu-Christo una boca que profiere canciones profanas y lascivas? ¿Podrá formar el mismo Jesu-Christo los sonidos de una voz que corrompe los corazones? ¿Podrá parecer Jesu-Christo en el teatro en la persona de un Actor, ó de una Actriz descarada, gentes infames, aun segun las leyes de los hombres? Blasfemias son estas que me horrorizan: ¿Ha de presidir Jesu Christo á unas asambleas de pecado, en donde todo lo que se oye infama su doctrina, donde el veneno entra en el alma por todos los sentidos; en donde todo el arte se reduce á inspirar, á despertar, á justificar las pasiones que él condena? Luego si estas obras no son obras de Jesu-Christo, en el sentido ya explicado, esto es, obras que puedan á lo menos referirse á Jesu Christo, son obras de Satanás, dice Tertuliano: *Nihil enim non diaboli est, quidquid non Dei est... hoc ergo erit pompa diaboli.* Luego todos los Christianos deben abstenerse de ellas; luego los que participan de ellas quebrantan los votos de su Bautismo; luego por mas que se precien de inocencia, diciendo que sacan el co-

razon de estos perversos lugares libre de impresiones, siempre salen manchados, pues solamente con haber concurrido han participado de las obras de Satanás, á las que habian renunciado en su Bautismo, y han violado las mas sagradas promesas que habian hecho á Jesu Christo y á su Iglesia.

Estas son, Católicos, las promesas de nuestro Bautismo; y ya os he dicho que no son consejos ó ejercicios de devocion, sino las obligaciones mas esenciales. No se trata de ser mas ó menos perfectos, despreciandolas, ó abandonandolas, sino de ser ó no Christianos. No obstante, ¿quién es el que las observa? ¿Quién las conoce? ¿Quién cuida de acusarse en el tribunal de la penitencia de haber faltado á ellas? Suele costarnos trabajo el hallar materia para la confesion, y despues de una vida absolutamente mundana apenas hallamos que decir al Confesor. ¡Ah! Católicos, si supierais las obligaciones del título de Christianos con que estais ennoblecidos: Si conocierais la santidad de vuestro estado, el despego que os impone de todas las criaturas, el aborrecimiento que os manda del mundo, de vosotros mismos, y de todo lo que no es Dios; la vida de la fé, la continua vigilancia, la custodia de los sentidos, en una palabra, la conformidad que os pide con Jesu Christo Crucificado; si lo conocierais, si reflexionarais en que debiendo amar á Dios con todo vuestro corazon, y con todas vuestras fuerzas, un solo deseo que no pueda referirse á Dios os mancha; si conocierais esto, os tendriais por un monstruo en su presencia: ¿Es posible, diriais, que siendo tan santas mis obligaciones, han de ser tan profanas mis costumbres? Que mandandoseme una vigilancia tan continua, ¿haya de hacer yo una vida tan descuidada y distraída? Que debiendo tener un amor á Dios tan puro, tan lleno, y tan universal, ¿haya de estar mi corazon entregado siempre á mil afectos, ó extraños, ó culpables? Si esto es así, ¡oh Dios mio! ¿quién

po-

podrá salvarse? *¿Quis poterit salvus esse?* (a) Pocos, amados oyentes míos, a lo menos vosotros no os salvareis, si no mudais de vida; ni tampoco los que se parecen á vosotros: no se salvará la multitud.

¿Quién podrá salvarse decís? ¿Quereis saberlo? Los que trabajan para su eterna salud con temblor; los que viven en el mundo, pero no viven como el mundo. ¿Quién podrá salvarse? Aquella muger Christiana, que encerrada en el recinto de sus obligaciones domésticas, cria sus hijos en la fé y en la piedad; que dexa al Señor el cuidado de su suerte; que no divide su corazon, sino entre Jesu Christo y su Esposo; que está adornada de pudor y de modestia; que no se sienta en los congresos de la vanidad, y no tiene por ley las locas costumbres del mundo, sino que las corrige con la ley de Dios, y dá estimacion á la virtud por su clase y con su exemplo.

¿Quién podrá salvarse? Aquel fiel que en la relacion de estos últimos tiempos procura imitar las primeras costumbres de los Christianos; que tiene sus manos inocentes, y el corazon puro y vigilante; que no ha recibido su alma en vano, (b) sino que aun en medio de los peligros del mundo se aplica continuamente á purificarla; el justo, que no jura fraudulentamente á su próximo: (c) ni debe el aumento inocente de su fortuna á unos medios dudosos; el generoso que llena de beneficios al enemigo que ha querido perderle, y no ofende á sus competidores sino con su merito; el sincero, que no sacrifica la verdad á un vil interés, ni sabe complacer agraviando su conciencia; el caritativo, que de su casa y poder hace

asi-

(a) *Matth. 19. v. 25.*

(b) *Psalm. 39. v. 4.*

(c) *Ibid.*

asilo para sus próximos; de su persona, consuelo para los afligidos; y de sus riquezas alivio para los pobres; el que es sufrido en los trabajos, Christiano en las injurias, y penitente aun en la prosperidad.

¿Quién podrá salvarse? Vosotros, amados oyentes míos, si quereis seguir su exemplo. Estos son los que se salvarán: Es verdad que estos no formarán el mayor número, y así mientras vivais como la multitud, es de fé que no podeis aspirar á la salvacion. Porque si pudierais salvaros viviendo de ese modo, casi todos los hombres se salvarian, pues á excepcion de un corto número de impíos, que se entregan á monstruosos excesos, los demás hombres no hacen mas que lo que vosotros haceis; y mandandonos la fé que no creamos que todos los hombres se salvan, es tambien verdad de fé que no podreis aspirar vosotros á la salvacion, si es que solamente os habeis de salvar con la multitud.

Estas son unas verdades que hacen temblar; y no son como aquellas verdades indeterminadas que se dicen á todos los hombres, y que ninguno se las aplica á sí mismo; acaso no habrá persona en mi auditorio que no pueda decirse á sí misma; yo vivo como la mayor parte de los hombres, como los de mi clase, de mi edad, y de mi estado, luego estoy perdido si muero en este camino: ¿Pues qué cosa mas propia para atemorizar á una alma en quien ha quedado aun algun cuidado de su salvacion? Con todo eso la multitud no tiembla; solamente un corto número de justos trabajan separadamente para su salvacion con temor; todos los demás viven tranquilos; todos saben que generalmente hablando, el mayor número se condena; pero todos se lisongean de que despues de haber vivido con la multitud, serán separados de ella en la muerte; cada uno se figura para sí el caso de una excepcion quimérica, y cada uno se promete una suerte favorable.

Por

Por eso dirijo mi discurso, Católicos, á vosotros solos que estais aqui presentes; no hablo de los demás hombres; os miro como si fuerais solos en la tierra; pero escuchad el pensamiento que me ocupa y espanta: Supongamos que ha llegado ya vuestra última hora, y el fin del universo; que ván á abrirse los cielos sobre vuestras cabezas; que se manifiesta Jesu-Christo con toda su gloria en medio de este templo; y que vosotros solamente habeis venido aqui para esperarle, y como unos tímidos reos á quienes se les vá á pronunciar, ó una sentencia de gracia, ó un decreto de muerte eterna; porque por mas que os lisongeis, morireis en el estado que hoy os hallais; todos esos deseos de conversion que ahora os entretienen, os entretendrán hasta la hora de la muerte; esto lo confirma la experiencia de todos los siglos; lo que hallareis entonces de nuevo, será acaso mayor cuenta que dar que hoy; y así casi podeis juzgar de lo que os ha de suceder al salir de esta vida, por lo que os sucediera ahora, si hubierais de ser juzgados en este instante.

Ahora os pregunto, aunque lleno de confusion y espanto, sin separar en este particular mi suerte de la vuestra, y poniendome en la misma disposicion que yo quisiera que os hallaseis vosotros: Os pregunto, pues, ¿si Jesu-Christo se manifestara en este templo, en medio de este concurso, el mas augusto de todo el universo, para juzgarnos, para hacer la terrible separacion de los cabritos, y de las ovejas, os parece que sería colocado á su derecha el mayor número de los que aqui nos hallamos? ¿Os parece que sería á lo menos igual el número? ¿Os parece que hallaria siquiera entre nosotros diez justos, pues no los halló el Señor en otro tiempo en cinco ciudades enteras? Esto os pregunto, Católicos; vosotros lo ignorais, y yo tambien lo ignoro: Vos solo ¡oh Dios mio! conoceis los que son vuestros; pero si no sabe-

Tomo IV.

Hh

mos

mos quienes son los que le pertenecen, sabemos á lo menos que no le pertenecen los pecadores. ¿Quiénes son, pues, los fieles entre los que aqui estamos? Los títulos y dignidades no se deben apreciar, pues habeis de ser despojados de ellas en presencia de Jesu-Christo; ¿pues quiénes son? muchos pecadores que no quieren convertirse; muchos mas que lo quisieran, pero que dilatan su conversion; otros muchos que nunca se convertirán sino para recaer; finalmente, muchisimos que se persuaden á que no necesitan convertirse; este es el partido de los réprobos; separad de este santo concurso estos quatro géneros de pecadores, pues en el día de la cuenta han de ser separados. Venid acá justos; ¿dónde estais? Reliquias de Israel, pasad á la derecha; trigo de Jesu Christo apartate de esa paja destinada para el fuego. ¡Oh Dios! ¿Dónde están vuestros escogidos? ¿Y qué es lo que os queda, Señor, para herencia vuestra?

Católicos, nuestra perdicion es casi indefectible, y no pensamos en ello. Aun quando en esta terrible separacion, que ha de llegar á hacerse algun día, no hubiera de haber mas que un solo pecador de este concurso al lado de los réprobos, y que una voz del cielo nos lo asegurara aquí, sin decirnos qual es, ¿quién de nosotros no temeria ser este infeliz? ¿Quién de nosotros no examinaria inmediatamente su conciencia para vér si por sus delitos merecia este castigo? ¿Quién de nosotros no preguntaria temblando á Jesu-Christo, como en otro tiempo los Apostoles, ¿Señor, acaso seré yo? *Numquid ego sum Domine?* (a) Y si se concedia algun término, ¿quién no procuraria apartar de sí esta desgracia con las lágrimas y los gemidos de una sincera penitencia?

(a) *Matth. 26. v. 22.*

¿Qué prudencia es la nuestra, Católicos? Acaso entre todos los que me oyen no se hallarán diez justos; ¿se hallará menor número? No lo sé. ¡Oh Dios mio! yo no me atrevo á fijar mi vsta en los abismos de vuestros juicios y de vuestra justicia. Acaso no se hallará mas que uno solo: ¿Pues cómo no os asusta, Católicos, este peligro? ¿Se persuade cada uno de vosotros á que ha de ser el solo dichoso entre el gran número que ha de perecer? ¿Vosotros que teneis menos fundamento que otros para creerlo, vosotros, sobre quienes debiera caer la sentencia de muerte, aun quando no cayera mas que sobre un solo pecador de los que me oyen?

¡Gran Dios! ¿qué poco se conocen en el mundo las amenazas de vuestra ley! Los justos de todos los siglos han temblado de espanto, meditando la severidad y profundidad de vuestros juicios en orden á el destino de los hombres. Se han visto muchos Santos solitarios, despues de toda una vida penitente, que atemorizados con la verdad que acabo de predicaros, y poseídos de un temor para el que no habia consuelo, estando para morir hacian temblar de miedo su pobre y austera cama, y con una voz ya desfallecida preguntaban á sus hermanos: ¿Os parece que el Señor tendrá misericordia de mí? Y acaso hubieran caído en desesperacion, si vuestra presencia ¡oh Dios mio! no hubiera calmado inmediatamente la borrasca, y mandado al mar y á los vientos que se sosegasen; y hoy despues de una vida conforme con la de la multitud; despues de una vida mundana, profana y sensual, cada uno muere tranquilo, y quando es llamado el Ministro de Jesu Christo tiene precision de fomentar la falsa paz del que agoniza, de no hablarle mas que de los infinitos tesoros de las divinas misericordias, y de ayudarle, si es lícito decirlo así, á que se engañe á sí mismo. ¡Oh Dios mio! ¿Qué prepara la severidad de vuest-

tra justicia á los hijos de Adán? *Quisling. 200*;
 ¿Pero qué es lo que se ha de inferir de estas grandes verdades? ¿Acaso qué debemos desesperar de nuestra salvacion? No lo permita Dios: Solamente el impío, por vivir tranquilo en sus desórdenes, procura persuadirse en su interior que todos los hombres perecerán como él. No debe ser este el fruto de este discurso, sino el desengaños de este error tan universal; á saber, que nos es lícito hacer todo lo que los demás hacen, y que la costumbre es un camino seguro; persuadirnos á que para salvarnos es necesario distinguirnos de los demás, ser singulares, vivir separados en medio del mundo, y no parecemos á la multitud.

Quando los Judíos cautivos estaban para salir de Judea, y marchar á Babilonia, el Profeta Jeremias, á quien habia mandado el Señor que no desamparase á Jerusalén, los habló de este modo: Hijos de Israel, quando llegueis á Babilonia vereis á los habitadores de aquel país que llevan sobre sus hombros Dioses de oro y de plata, y que todo el pueblo se postra en su presencia para adorarlos; pero vosotros entonces, en vez de dexaros arrastrar de la impiedad de su exemplo, decid en vuestro corazón: Señor, Vos solo debeis ser adorado: *Te oportet adorari, Domine.* (a)

Permitidme, Señores, que acabe mi discurso dirigiendoos las mismas palabras; al salir de este templo, y de esta Sion santa, volvereis á entrar en Babilonia, volvereis á ver aquellos Idolos de oro y plata en cuya presencia se postran todos los hombres; volvereis á hallar los vanos objetos de las pasiones humanas, las riquezas, la fama, los deleites, que son los Dioses de este mundo, y á los que adoran casi

(a) Baruch 6.

todos los hombres; vereis aquellos abusos que el mundo se permite, aquellos errores que autoriza la costumbre, aquellos desórdenes de los que casi ha llegado á hacer ley la impiedad. Entonces, amados oyentes míos, si quereis ser del corto número de los verdaderos Israelitas, decid en lo íntimo de vuestros corazones, Vos solo ¡oh Dios mio! mereceis ser adorado; *te oportet adorari, Domine.* No quiero tener parte con un pueblo que no os conoce; nunca tendré mas ley que la vuestra: Los Dioses que adora esta necia multitud no son Dioses; son obra de la mano de los hombres, y perecerán con ellos; Vos solo sois inmortal ¡oh Dios mio! y solo Vos mereceis ser adorado; *te oportet adorari, Domine.* Las costumbres de Babilonia en nada se parecen á las santas leyes de Jerusalén: Yo os adoraré con el corto número de los hijos de Abraham, de quienes aun se compone vuestro pueblo en medio de una nacion infiel; enderezaré con ellos todos mis deseos hácia la Jerusalén santa; la singularidad de mis costumbres será tenida por flaqueza; pero feliz flaqueza, Señor, que me dará fuerza para resistir al torrente y á los engaños del mal exemplo: Vos, Señor, sereis mi Dios en medio de Babilonia, del mismo modo que lo habeis de ser en la Jerusalén santa: *te oportet adorari Domine.* ¡Ah! llegará tiempo de que se acabe el cautiverio; os acordareis de Abraham, y de David; libertareis vuestro pueblo; nos volvereis á la ciudad santa, y entonces vos solo reynareis en Israel y en las naciones que no os conocen; entonces, destruidas todas las cosas, aniquilados todos los imperios, todos los cetros, y todos los monumentos de la soberbia humana, y permaneciendo Vos solo eternamente, se conocerá que Vos solo mereceis ser adorado; *te Domine oportet adorari.*

Este, Católicos, es el fruto que debeis sacar de este Sermon; vivid separados, pensad continuamente en que el mayor número de los hombres se condena. No hagais caso de las costumbres, si no están autorizadas con la ley; y acordaos de que los Santos han sido en todos tiempos hombres singulares. De este modo, después de haberos apartado de los pecadores en la tierra, sereis tambien separados gloriosamente en la eternidad. *Amen.*



SER-

SERMON
PARA EL MARTES
DE LA TERCERA SEMANA
DE QUARESMA.
SOBRE LA CONFUSION
DE LOS BUENOS
CON LOS MALOS.

Si peccaverit in te frater tuus, vade, & corripe eum inter te, & ipsum solum; si te audierit lucratus eris fratrem tuum.

Si se hubiere ofendido tu próximo, vé, y reprehendele en particular; si te oyese habrás ganado á tu próximo. *Math. 18. v. 15.*

UNa obligacion de las mas esenciales, y de las mas ignoradas de la vida christiana es el uso que debemos hacer de los vicios, ó de las virtudes de los hombres con quienes tenemos precision de vivir. Por eso la divina sabiduría permite la confusion de la cizaña y el trigo, de los justos y de los pecadores en la Iglesia, para